



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS  
Y LAS ARTES MILITARES

## *Laudatio* de Alejandro Klecker de Elizalde

*Laudatio* y réplica pronunciada por D. Mónica Ruiz Bremón, en contestación a D. Alejandro Klecker de Elizalde, con motivo de su ingreso como académico de número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, el día 13 de mayo de 2026.

Sr. Presidente, Sres. académicos, señoras y señores:

Creo que me unen importantes puntos en común con el Sr. Klecker, desde que tengo el placer de conocerle. Entre ellos, nuestra vinculación a esta Academia, nuestro amor a España, y nuestro respeto y admiración por el ámbito militar; ambos, tanto por familia como profesionalmente; en mi modesto caso, como directora técnica de museos militares durante los últimos 14 años de mi vida laboral; en el del Sr. Klecker con mayores méritos, como veremos.

Yo, al contrario que él, aprendí tardíamente a amar los tapices, los grandes «paños» a los que él ha dedicado su intervención. Fue en el Palacio de Buenavista, hoy Cuartel General del Ejército de Tierra. Hasta entonces, para mí habían sido una parte muy ignorada, por incomprendida, de las Bellas Artes, si bien siempre me incomodó el hecho de que, en los manuales al uso se incluyeran en un injusto cajón de sastre denominado de las «artes menores» por diferenciarlas de las «grandes artes», esto es, la arquitectura, la pintura y la escultura. Qué gran error, como si fueran un mero adorno palaciego, un simple accesorio ornamental.

Confieso pues haber pasado muchas veces junto a los más de treinta tapices depositados en los Salones Nobles de Buenavista por Patrimonio Nacional, preocupada por otros temas, relacionados con la conservación preventiva del

palacio, que esa era mi misión, pero ignorante de lo que escondían, de lo que valían y de lo que significaban aquellos inmensos, coloridos y eternos tapices. Por fortuna, a raíz de todo un programa de limpieza y restauración que ocupó varios años -al principio, salas enteras, después paredes, luego casi actuando sobre los tapices de uno en uno, a tenor de los cada vez más exiguos presupuestos- fui poco a poco consciente de lo que valía y de lo que tenía, literalmente, entre las manos.

Incluso me atreví -la osadía no debe confundirse con el valor- a aconsejarle al entonces general Jefe del Estado Mayor del Ejército, hoy presidente de esta Academia, sobre la conveniencia de instalar en lo alto de la escalera de honor un gran tapiz de tema militar que diera prestancia al edificio, ignorando por completo en aquel momento no sólo si existiría tal pieza, fruto todavía de mi imaginación, si no tan siquiera si estaría a nuestra disposición, en el caso de que la institución titular, nos la prestara en depósito.

En fin, si me ven ustedes aquí es porque la historia terminó bien, el tapiz bruselense del siglo XVII perteneciente al Museo del Prado titulado La Victoria de Tito -más militar imposible-, luce hoy grandioso en la escalera principal del Palacio y el general Domínguez Buj me sigue hablando.

En resumen, fue oyendo y viendo trabajar a restauradores y conservadores de Patrimonio Nacional, del Instituto del Patrimonio Cultural de España y del Museo del Prado, así como a personas especializadas en su manipulación, como pude vislumbrar lo que hoy nos ha enseñado el nuevo académico: que los tapices fueron, durante su época de esplendor, la marca de los Reyes. A través de ellos, se exaltaba el ideal monárquico, se establecían vínculos con el pasado, bíblico y mitológico, se retrataba a la sociedad y se presumía, por añadidura, de suficiente poder para producir, encargar y financiar semejantes obras.

Hoy tengo la inmensa suerte de ver cómo el conocimiento de los tapices -y otros textiles de importancia pareja, como las grandes banderas, los estandartes, los reposteros, los baldaquinos...- van a entrar por la puerta grande en esta Academia de la mano de una de las personas más autorizadas para hablar de ellos, D. Alejandro Klecker de Elizalde.

Esta relación del nuevo académico con los tapices históricos comienza, al menos oficialmente, en 2015, cuando es nombrado director general de la Fundación de la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara. Pero no nos adelantemos. Conviene una mirada sobre el resto de su trayectoria profesional previa, pues abarca otros ámbitos, tan sorprendentes como variados que explican, en gran manera, su aportación en este campo.

Alejandro Klecker de Elizalde es Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad Complutense de Madrid. Inició su vida profesional en la primera empresa mundial de prospectiva tecnológica, la International Data Corporation. Fue gerente en la división de Tecnologías Avanzadas de la Información de Arthur Andersen; director de desarrollo y marketing de tecnologías de la información en Europe Management consulting; director y socio de Coopers & Lybrand; y director de la primera multinacional de Propiedad Industrial e Intelectual de habla hispano-portuguesa, Clarke, Modet & CO. En estos ámbitos empresariales trabajó, entre otros temas, en investigación y difusión de la Inteligencia Económica, Transferencia de Tecnología y Valoración de patentes.

Es, además, alférez de navío reservista voluntario por el Cuerpo General de la Armada y diplomado en Seguridad y Defensa.

Entre 1994 y 2002 fue vocal asesor del DIRCESEDEN y del Instituto Español de Estudios Estratégicos, siendo coautor de 10 monografías sobre seguridad y defensa. A sus más de 100 conferencias y sus más de 60 artículos sobre Tecnología, Seguridad y Defensa y propiedad industrial, se suman otros trabajos dedicados a batallas navales como Lepanto o Trafalgar, el acceso a la carrera naval, el Tratado de Washington y otros muchos temas de carácter histórico. Últimamente, si hemos de creerle, solo habla y escribe sobre tapices.

Como editor, fundó la editorial NAVALMIL, especializada en libros de temática militar y naval. Fue también cofundador del Foro Transfiere, de la Fundación Museo Naval, de la Fundación Chile-España y del Instituto de Análisis de Activos Intangibles.

Entre sus reconocimientos y condecoraciones destacan las Cruces al Mérito Militar y al Mérito Naval, la Cruz de Oficial de la Orden de Isabel la Católica; el nombramiento de Alabardero de Honor de la Guardia Real y la entrañable distinción de Cangrejo de Honor del Regimiento Asturias 31.

Es académico de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile, de la Real Academia de la Mar, de la Uruguaya de Historia Marítima y Fluvial y Embajador de la Marca Ejército. Como académico correspondiente de nuestra corporación, fue adscrito en 2020 a la Sección de Diccionario Biográfico Militar, para la que ha elaborado varias biografías y artículos y participado en la elaboración de la relación de capitanes generales de la Armada. Y, cómo no, también ha acudido a la llamada de la Sección de Patrimonio para hablar sobre tapices en nuestra sede o participar en el Primer Foro de Patrimonio Cultural Militar Español celebrado en Cartagena en el año 2023.

Esta interesante y rica trayectoria profesional, que aquí no tengo más remedio que resumir, tiene, en mi opinión, mucho que ver con el factor familiar. El Sr. Klecker es un genuino europeo, cuyos ancestros, de los que se siente justamente orgulloso, han estado presentes en algunos de los más importantes escenarios de nuestra Historia común desde el siglo XVI al siglo XXI, sirviendo a España, Austria y Francia, bien como jueces, diplomáticos y políticos, bien como militares y marinos.

Ahora bien, la faceta que más nos interesa destacar de él, la que lo ha traído hasta nosotros, es la de gran conocedor de los tapices históricos, en especial los de tema militar. Gracias a sus muchos escritos, cursos y conferencias, hemos aprendido a entender mejor estas joyas y a apreciarlas en todo su valor.

Hemos aprendido, por ejemplo, que los maestros lickeros tenían en el Antiguo Régimen más prestigio que los pintores; que existió una consolidada ruta de la seda entre España y China varios siglos antes del viaje de Marco Polo; que nuestras ovejas merinas fueron un activo apreciadísimo en la Edad Moderna y clave del desarrollo económico de Castilla; o que el color rojo intenso y el negro total, sinónimos del lujo en aquella Europa, solo lo conseguían los tintoreros españoles gracias al empleo de dos productos procedentes de su imperio ultramarino: la cochinilla y el palo de campeche. Y mil cosas más que nos permiten entender no solo la importancia de los textiles en la Historia del Arte como transmisores de iconografías, de estilos y de técnicas, sino también como factor económico, capaz de crear nuevos mercados y asentar el prestigio de los reyes y, con ello, el poder de los Estados-nación.

Y es que de esto sabe mucho el Sr. Klecker, quien gusta de dar cifras y datos, medidas en metros e incluso en anas, tipos de fibras, números de colores, grados de temperatura, porcentajes de humedad relativa... Y también es capaz de aportar cifras de costes y de precios, lo que hace que sus trabajos tengan el valor añadido de la cuantificación, a menudo el punto débil de muchas de nuestras investigaciones históricas.

Es Klecker, además, un gran comunicador. Sus intervenciones suelen estar trufadas con anécdotas de la pequeña Historia, de experiencias y hasta de consejos personales.

¿Qué Fábrica recibió y cuál puede mostrar hoy? Básicamente, la única artesana en el núcleo urbano de Madrid, con más de 300 años a sus espaldas dedicada a la producción y conservación de unos artículos únicos y exclusivos –no de lujo, como él mismo aclara– destinados, eso sí, a un mercado muy reducido: el que contaba y aún cuenta con capacidad y medios suficientes para apreciarlos. Y, por si esto fuera poco, una empresa con 60 empleados de los cuales una parte principal, la de los

maestros liceros, tiene hoy difícil encaje profesional, pues no es reconocida académicamente desde que se implantara en España el conocido Plan Bolonia.

Pues bien, sobre este panorama, como poco complejo, el Sr. Klecker ha sido capaz de implantar en la Real Fábrica un modelo de negocio moderno basado en sistemas de gestión actuales: normas ISO, igualdad de género, comercio justo, trazabilidad de productos, gestión sostenible y circular, formación permanente, seguridad laboral, instalaciones modernas y tecnología punta en conservación y restauración. Y se ha propuesto proyectos, algunos ya realizados, como el jardín botánico dedicado a los tintes, y otros en marcha, como el de la interpretación iconográfica de los tapices, la organización documental de la Fábrica, la inclusión del nudo español en la Lista del Patrimonio Inmaterial Mundial –un paso más, tras ser reconocido como Manifestación del Patrimonio Inmaterial de España- o la incorporación constante de nuevas técnicas, como la limpieza con láser de hilos de oro o el fotografiado con drones de los grandes paños.

Por sintetizar, quiero pues destacar tres de las principales virtudes que adornan al nuevo académico: la de la persona orgullosa de su familia y de su patria, la de autorizado conocedor del mundo empresarial y la de buen estudioso de la Historia Militar de España.

Y tras este rápido boceto biográfico, me gustaría ahora abordar lo que su figura, estoy segura de ello, va aportar a nuestra Corporación y cuáles son los retos que, en particular, nos hemos propuesto los miembros actuales y, esperemos que futuros, de la Sección de Patrimonio Cultural Militar que, por el momento, tengo el honor de presidir.

El Sr. Klecker se incorpora hoy a un pequeño grupo de personas conocedoras de lo que algunos tildarían de curiosidades, otros de anécdotas o incluso de inocuos entretenimientos de gentes ociosas pero que, en esta Academia, nos tomamos muy en serio: hablo del Patrimonio Cultural Militar.

Nuestra Sección pretende investigar, comunicar y atraer al público el patrimonio cultural de nuestras fuerzas armadas y guardia civil. Así de enorme es el reto, porque el patrimonio histórico – o cultural si lo prefieren, aunque no sea éste el término que en rigor debemos utilizar - incluye las Bellas Artes, la fortificación, la ingeniería, el patrimonio industrial, el armamento, la uniformidad, la vexilología, la música, la literatura, el cine, la fotografía, la arqueología de los campos de batalla –terrestres y subacuáticos- y el patrimonio inmaterial de las Fuerzas Armadas españolas. Y para cubrir semejante campo comprenderán que necesitamos, cuando menos, un experto en cada materia. Porque nuestro objetivo está marcado, desde que existimos, en hacer un mapa lo más completo posible del Patrimonio

Cultural Militar español en su conjunto, no separado por Armas ni por Cuerpos, por Ejércitos o por regiones.

Nuestro grupo, como digo, es escaso pero animoso y creativo. Además, tenemos la suerte de poder contar con el concurso de otros académicos de otras secciones. Y no necesariamente procedentes de las que se dedican a desentrañar el pasado, sino también de aquéllas que prospectan el futuro tecnológico o reflexionan sobre pensamiento y moral militar. Porque la Historia está en todas partes. Y en el mundo de las ciencias puras más que en ninguno. No creo necesario recordar aquí que, de no ser así, la Humanidad estaría abocada a repetir teoremas ya resueltos, leyes físicas ya formuladas y avances ya logrados, como se expresa en el conocido aforismo: «Somos enanos que caminamos a hombros de gigantes», que debemos atribuir en justicia a un monje del siglo XII, Bernardo de Chartres, aunque luego fuera popularizado por tantos otros científicos, entre ellos Isaac Newton o Stephen Hawkings.

El Patrimonio Cultural es lo que recibimos del pasado en el presente para transmitirlo al futuro; lo que nos define como sociedad; lo que nos distingue como comunidad y lo que nos recuerda como nación con una historia común entre tanta homogeneidad y globalismo.

Es, como se dice en nuestra Ley de Patrimonio Histórico Español de 1985, «la aportación española a la cultura universal». Nos concierne a todos. Y hoy, además, es en nuestro país un sector económico puntero, en absoluto una actividad de gentes más o menos ociosas.

Porque es la materialización, el testimonio, el resto a veces pobre y otras sublime, de la Historia en su conjunto. Y la Historia es una disciplina humanística poco valorada cuando uno es joven y sobre la que uno cambia de parecer a medida que madura. Y entiende. Porque en ella está todo, el pasado, el presente y el futuro, los modelos y sus contrarios, los aciertos que enseñan y los errores que se repiten. En definitiva, la Historia es «un incesante volver a empezar», como la definió Tucídides hace más de veinticinco siglos.

Pues bien, la guerra y todo lo que la rodea forma parte de esa Historia con mayúsculas y sería absurdo pretender que se pueda entender ésta sin ella. Los restos bélicos dejados en el paisaje, las murallas y las líneas defensivas, los artefactos diversos con función ofensiva o defensiva elaborados por la Humanidad a lo largo de los tiempos no pueden ignorarse en aras de un pseudopacifismo que niegue sus valores históricos, arquitectónicos, tecnológicos y también artísticos. Y como muestra, un botón: ¿quién cuestionaría la consideración como Patrimonio de la Humanidad de la Gran Muralla China?

El reconocimiento de la historia militar y, en consecuencia, la valoración del Patrimonio ligado a ella, ha venido para quedarse. El navío sueco Vasa, los campos de batalla napoleónicos, las trincheras de la primera guerra mundial, el frente del Ebro, los restos de Dresde, los búnqueres albaneses, todo ello constituye un Patrimonio universal que algunos están queriendo, con poco éxito, calificar de «incómodo». Pero que está ahí, precisamente, para permitirnos reflexionar sobre el pasado y, quizás, mejorar nuestro futuro.

Una parte especialmente frágil de todo el Patrimonio Cultural Militar pero sumamente valiosa son los textiles. Y no solo la vexilología y la uniformología, también los grandes tapices, los reposteros, los baldaquinos, los guiones.... Tema éste que se ha venido tratando desde el punto de vista histórico, iconográfico y simbólico pero que era necesario conocer también desde dentro: sus materias primas, su tecnología, su instalación, su conservación, su restauración. Y en esto el Sr. Klecker es imbatible, por decirlo con un término guerrero. Pocos han tenido tan cerca de sí la fuente primaria de información sobre textiles de carácter militar, lo que le ha permitido su estudio de primera mano y da un enorme valor al trabajo sobre tapices que hoy nos ha regalado.

Y, hablando de regalos, quiero terminar con una afirmación que oí al Sr. Martínez Valdueza en esta misma sede con motivo de la presentación de un libro: «El Patrimonio histórico militar no es solo piedra y conocimientos. Es, además, un regalo militar a la sociedad civil». Nada más cierto. Y añadido: ese regalo necesita quien lo cuide y quien proclame su valor. Porque si, como el resto de los bienes del Patrimonio, es frágil, éste es, además, difícil de explicar. Necesitamos pues personas que lo amen, que lo conozcan y que lo cuenten. Personas como el nuevo académico, que sabe de Historia y sabe cómo explicarla.

Estoy convencida de que el Sr. Klecker va a resultar, y aquí me atrevo con el lenguaje de empresa que él entiende tan bien, un gran activo para la Academia en general y para la Sección de Patrimonio Cultural Militar en particular. Por todo ello, no me queda más que darle mi más calurosa bienvenida a él y mi más sincera enhorabuena por su nuevo miembro a nuestra corporación. ■

**Nota:** Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026